

EDAD MEDIA

Invasión de los Bárbaros del Norte.—Nuevas luchas.—Establecimiento del poder Visigodo.

CAPITULO VIII

La irrupción de los Bárbaros en todo el vasto territorio perteneciente al dilatado imperio romano, cuyo importante poderío destruyeron, se dejó sentir de una manera asoladora en nuestra Península, la más rica y floreciente comarca de aquel. Un año antes que Alarico, rey de los Godos arrianos, se apoderase de Roma, esto es, en 408, los *Suevos*, *Vándalos*, *Alanos* y *Silingos*, procedentes del otro lado del Danubio, entraron en España trayendo consigo la devastación más espantosa. A las luchas y desórdenes que ocasionaron acompañó el hambre, la peste y una considerable despoblación. No parece sino que el genio del mal se go-

zaba en atormentar á este noble y heróico pueblo, cuyo valor y sufrimiento habian de ser continuamente sometidos á tan duras pruebas.

Cansado el país de la abrumadora dominación romana, no opuso á los nuevos invasores aquella tenaz y enérgica resistencia que con sin igual entereza empleara en otro tiempo contra los cartagineses y los romanos: pensó sin duda que las nuevas calamidades que se le presentaban no podian superar á la traidora conducta y cruel inhumanidad de los generales del Imperio ni á la rapacidad y codicia de sus avaros pretores.

Así es que los modernos invasores pudieron sin gran esfuerzo, aunque hartos de sangre y de rapiñas, posesionarse de nuestras extensas y fértiles comarcas, que aquellos, en sus luchas con los romanos, convirtieron en áridos campos de batalla.

Conseguida la dominación, principiaron á tratar con los habitantes del territorio, y se dividieron este en la siguiente forma: los *Suevos*, mandados por *Hermanrico*, se establecieron en Leon, Asturias, Galicia, y

Castilla la Vieja; los *Alanos*, á las órdenes de *Atacio*, tomaron el centro de la Península, desde el Mediterráneo al Atlántico; los *Vándalos*, comandados por *Gunderico*, ocuparon la region occidental y meridional, y una rama de ellos, los *Silingos*, tomaron posesion de la mayor y mejor parte de la Bética, que por esta razon tomó el nombre de *Vandalucía*, de donde procede el que actualmente usa, suprimiendo la inicial V. (Año 411.)

El resto de la España continuó durante algun tiempo bajo la dominacion romana; exceptuando un considerable número de indígenas que, aprovechándose de la feliz coyuntura que la lucha entre Bárbaros y romanos le ofreciera, se retiró á las montañas de los Pirineos centrales y proclamó su independencia.

Como unos cuatro años más tarde, los *Visigodos*, pueblos germánicos acaudillados por su rey *Ataulfo*, hermano y sucesor del famoso Alarico y cuñado del emperador Honorio, pasaron á España desde la Galia meridional, por ellos ocupada, con el fin de ar-

rojar de nuestro rico suelo á los *Alanos Suevos* y *Vándalos* y formar en nuestro país un reinado independiente. Despues de apoderarse de la provincia *Tarraconense*, fijó *Ataulfo* su Corte en Barcelona, dando así principio á la monarquía visigoda.

La historia del reinado de *Ataulfo* y sus sucesores hasta *Teodorico*, (Año 453) se resume toda ella en las sangrientas é incesantes guerras que para consolidar su dominacion en la Península se vieron obligados á sostener, y en las intestinas luchas que por ambicion de mando tuvieron entre sí. El primer rey Visigodo fué asesinado por *Sigerico*, que le sucedió en el trono; á los pocos dias tuvo este monarca el mismo fin, y le reemplazó *Walia*, quien despues de tres años de sangrientas campañas, expulsó á los *Alanos* de su territorio y los derrotó en la Lusitania; arrojando despues á los *Vándalos* de la Bética. Ensanchados considerablemente sus dominios, vino al fin á morir en su nueva corte establecida en Tolosa. Su sucesor *Teodoredo* sufrió algunos reveses que le ocasionaron los *Vándalos*, repuestos

de sus anteriores quebrantos, y los *Suevos*, reforzados con los dispersos restos de *Alanos* y *Silingos*.

Estos pueblos feroces, en permanente lucha entre sí, asolaron las costas de Cataluña y Galicia, y demolieron á Cartagena, continuando entregados á su destructora empresa, hasta que los *Vándalos* acaudillados por *Genserico* fueron llamados por el conde Bonifacio para lanzarlos contra Roma. Entonces abandonaron la Península y pasaron al Africa.

Después de la famosa *batalla de los Campos Cataláunicos*, librada el año 451, *Turismundo*, hijo y sucesor de *Teodoredo*, venció nuevamente al feroz *Atila*, obligándole á abandonar la Europa; pero cuando acababa de lograr tan señalada victoria fué víctima de un fratricidio que le llevó á la tumba al año escaso de su reinado.

Ocupó entonces el trono su hermano *Teodorico*, quien en un sangriento combate, dado el año 453 en las inmediaciones de Astorga, derrotó á los *Suevos* y dió muerte al rey de estos Riquiario; rechazando á los que

quedaron á sus guaridas de Galicia, sin que volvieran jamás á reconquistar su perdida preponderancia.

El trono visigodo principió á ensanchar extraordinariamente sus dominios, y los naturales del país comenzaron á simpatizar con él, mostrándose propicios á apoyarle, á lo cual debió aquél la importancia que poco más tarde llegó por fin á alcanzar.

CAPITULO IX

Monarquía visigoda, desde Eurico hasta Rodrigo.

Impaciente Eurico por ceñirse la corona, asesinó á su hermano Teodorico el año 466 y ocupó el ambicionado trono. Con este reinado da principio en España un nuevo periodo de reconstrucción, mejora y adelanto.

Habiáse visto la nación saqueada y asesinada por los romanos, los suevos, los vándalos y aún los mismos visigodos; y el pueblo, sin gobierno, sin dirección, sin conciencia de sí mismo, asolado por el hambre y la peste y estenuado por tantos horrores, se hallaba á punto de perecer: por eso se había tan fácilmente entregado á estos últimos conquistadores, cuyo carácter franco y generoso les hacía aparecer más simpáticos y hasta cierto punto identificados con las aspiraciones populares.

La salvadora obra de la independencia nacional no se hallaba por completo realizada; pues aún continuaba siendo la España goda una especie de feudo del emperador romano, á la vez que una importante parte del territorio sufría el feroz dominio de los suevos. Eurico, cuyo carácter guerrero y emprendedor no conocía rival, se propuso coronar el edificio cuyos cimientos echaran sus antecesores, y lo consiguió: con la toma de Pamplona, Tarragona, Zaragoza y Valencia apagó los últimos reflejos del poder romano en la Península; al mismo tiempo que las señaladas victorias sobre los suevos obtenidas, obligaban á estos á mendigar una paz á costa de humillaciones comprada, resignándose á vivir humilde y trabajosamente desde el cabo de Finisterre hasta el Duero.

Con su habilidad extraordinaria dió lugar á que los naturales del país llegasen á identificarse en derechos, deberes y aspiraciones con el pueblo godó; y con la formación del *Fuero Juzgo*, el más antiguo y mejor código de las naciones de Europa procedentes de la desmembración romana, creó entre los es-

pañoles costumbres godas y estableció una legislación que solidificaba las conquistas de las armas. En una palabra, Eurico fué el verdadero creador de la España gótica.

Muerto este rey el año 484, le sucedió en el trono su hijo Alarico que perdió corona y vida en la sangrienta batalla de Poitiers, (507) á manos de Clodoveo, fundador de la raza Carlovingia en Francia.

Las sangrientas luchas civiles que la insaciable ambicion de mando engendrara entre los visigodos, y la desastrosa guerra con los francos, convirtieron nuevamente á nuestra Península en un dilatado campo de batalla, sometiendo á duras pruebas el heróico valor y extraordinario sufrimiento de sus denodados hijos.

Despues de correr á torrentes la sangre generosa de los esforzados españoles, consiguió al fin Leovigildo el año 585 suprimir por completo la microscópica monarquía de los suevos, que contaba ciento setenta y siete años de existencia, y arrojar de casi todo el territorio á francos é imperiales, excep-

tuando una pequeña parte ocupada por estos en las costas de la Bética y la Tarraconense.

Muerto Leovigildo en 587, pasó la corona á su hijo Recaredo, quien al convertirse al catolicismo dió á España la unidad religiosa, base y arranque de la unidad política que por entónces tanto se anhelaba; así como la reunion del concilio tercero de Toledo, que el mismo rey presidiera, aceleró la fusion de la raza conquistadora con la hispano-romana.

A los dos años, godos y españoles capitaneados por el duque Claudio, eminente general, hijo de humildé cuna, á quien sus propios méritos elevaran, consiguieron en las márgenes del Ande una señaladísima victoria sobre un ejército franco fuerte de 70,000 hombres, Reconquistaron los vencedores á Carcasona, cuya importante plaza habian perdido antes, apoderándose además de un botin inmenso, y completando por entonces la pacificacion de todo el país, arrojando á los francos de la Galia gótica y sujetando á su dominio á los indómitos vascones, que hasta

entonces habian conservado su independencia.

Esta sujecion y la de los asturianos y rucos, [habitantes de la Rioja] é imperiales del reino de Algarbe, no fué obra de un momento, sino producto de algunos años de lucha tenaz y porfiada apénax interrumpida; lucha que terminó Suintila en 624 con las importantes victorias obtenidas entre el mar y el cabo de San Vicente sobre los imperiales, de los que pocos quedaron con vida, y á estos, por una gracia especial, se les concedió abandonar el país. Entonces fué cuando la España entera quedó bajo el dominio de los godos.

Esencialmente guerrera la monarquía goda, fué, tal el predominio que á los asuntos militares concedia que ni aún los obispos podian eximirse de ir á la guerra. A ese belicoso espíritu, que tan bien se hermanaba con el de los naturales del país, debió aquella todas sus conquistas, y engrandecimientos tales que sus antecesores no habian podido alcanzar. Los hispano-romanos se sometieron á los godos más bien por simpatía que por fuerza,

y el pueblo en general llegó al fin á acoger con gusto, y hasta con entusiasmo, á los nuevos dominadores. Únicamente los feroces vascones, no queriendo en ningun concepto ni por ningun motivo, renunciar á su independencia, protestaban de vez en cuando con las armas, y solo cuando eran ahogados en sangre cedían, para volverse á levantar de nuevo en el momento en que se veían algo repuestos de sus anteriores quebrantos.

Lo que más entorpeció la salvadora obra nacional acometida por la monarquía visigoda, fueron las luchas intestinas que continuamente se veía obligada á sostener contra sus mismos caudillos, acometidos casi siempre de la incurable fiebre de la ambicion personal.

Esta vil pasión dió lugar á que despues de los altos hechos de Wamba; despues de las señaladas victorias por este obtenidas sobre los árabes de la Tingitania, victorias que retardaron la invasion agarena, y que tal vez hubieran podido evitarla por completo para lo sucesivo, aquel gran caudillo fuese arrojado desde el esplendente trono á las tinie-

blas del claustro: ella fue así mismo la causa de que Witiza, el segundo vencedor de los sarracenos y el último batallador contra los reyes francos, perdiese con la vida la corona que pasó á las sienes de Rodrigo, aclamado tumultuosamente por sus parciales.

Muy otra hubiera sido la suerte de España si los visigodos inspirándose en sentimientos de lealtad y patriotismo, no hubieran estado tan dominados por aquella insaciable pasión de mando, que tan perjudicial fué para ellos y para el país.

CAPITULO X

Rodrigo último rey visigodo.—Desastre del Guadalete.

El belicoso pueblo godo no solamente había conseguido la completa dominación de la Península, sino que dulcificando, por virtud de su trato con los españoles, su originaria rudeza, y perfeccionando entre ellos sus buenas cualidades, al par que inspirándose en sus altos ejemplos de valor, virtud y abnegación, llegó á crear aquel admirable espíritu de dignidad personal que tanto había de contribuir á su engrandecimiento.

Pero un pueblo que como él había sido conquistador en su origen y después guerrero, por necesidad y por instinto; un pueblo en el cual todos los ciudadanos, ricos y po-